

# Fernando y el oso polar

CARMEN GARCÍA IGLESIAS





# Fernando y el oso polar



CARMEN GARCÍA IGLESIAS

# **Fernando y el oso polar**

Ilustraciones de la propia autora

**edebé**

© Carmen García Iglesias, texto e ilustración, 2018

© Ed. Cast.: Edebé, 2018  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte  
*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia  
*Diseño de colección:* Book & Look

Primera edición, marzo 2018

ISBN: 978-84-683-3420-2  
Depósito legal: B. 25047-2017  
Impreso en España  
Printed in Spain  
EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Laura, Javier y Fernando,  
que son mi vida.*

*Para Arancha y Javier,  
a quienes quiero tanto.*



# Índice

Capítulo uno .....	9
Capítulo dos.....	29
Capítulo tres .....	47
Capítulo cuatro.....	61
Capítulo cinco.....	73
Capítulo seis .....	87
Capítulo siete.....	93
Capítulo ocho .....	105
Capítulo nueve .....	123
Capítulo diez.....	131
Capítulo once .....	147





## Capítulo uno

Cuando el oso polar vio a todos aquellos niños que parecían divertirse tanto al otro lado de la jaula, comprendió dos cosas: que llevaba demasiado tiempo viviendo en el zoológico y que debía salir de allí cuanto antes.

Ese día los alumnos de un colegio cercano habían ido de visita al zoo. El curso acababa de empezar y no hacía frío, así que algunos niños se habían comprado helados y polos, y los comían tranquilamente mientras observaban a los animales.



Fernando chupaba su polo de limón apoyado en la barandilla que le separaba del recinto de los osos polares.

—El oso pequeño me está mirando —dijo en voz alta.





Pero no le escuchó nadie porque, cuando quiso darse cuenta, todos habían salido corriendo a ver otras cosas. Volvió a chupar su polo de limón y, al mirar de nuevo hacia la jaula, le pareció que el oso polar avanzaba hacia él.

—El oso me sigue mirando y, además, cada vez está más cerca —insistió.





Y de nuevo habló solo, porque sus compañeros debían de estar aún más lejos y, de hecho, ya no se les veía por ninguna parte.

Pero Fernando no era capaz de apartarse de allí, aunque sabía que pronto los amigos se darían cuenta de que lo habían perdido y empezarían a preguntar por él; después, los profesores se enterarían de que había desaparecido y buscarían alrededor para ver si lo localizaban, e incluso puede ser que le llamaran por los altavoces para que fuera a la entrada donde le estarían esperando. Los imaginaba a todos mirándole mientras se acercaba y murmurando: «¿dónde se habrá metido», «¿por qué siempre se tiene que quedar atrás?», «habrá que advertirle para que



esto no vuelva a suceder»..., las frases de siempre. No podía haber nada peor que la sensación de todos aquellos ojos observándolo solo a él. Ese era uno de los momentos en que le gustaría volverse invisible. Invisible y mudo para no tener que dar explicaciones.

Mientras pensaba en estas cosas y su polo de limón se derretía en gotas amarillas, el oso polar se acercaba cada vez más sin quitarle los ojos de encima. Avanzaba muy lentamente, hasta que llegó al pequeño foso que lo separaba de la barandilla donde Fernando estaba apoyado, inmóvil, contemplando asombrado al animal.

Entonces, el oso polar abrió la boca y dijo:



—¡Qué rico debe de estar ese polo!

—¡Cómo! —casi gritó Fernando.

—¿No me has oído bien? —preguntó el oso.

Fernando no sabía qué pensar. Claro que lo había oído bien, estupendamente; pero, cuando nunca se ha oído la voz de un oso polar, cuesta trabajo entenderlo a la primera. Y eso sin contar con que él siempre había pensado que los osos no podían hablar..., al menos como las personas.

—¿Me dejas probar el polo? —insistió el oso.

Fernando miró alrededor para asegurarse de que otras personas también lo estaban oyendo, pero seguía estando solo. A nadie parecían interesarle los osos polares.



—No sé cómo darte el polo. Si te lo lanzo, se deshará —dijo Fernando.

—Es verdad —contestó el oso—, pero si vas por el camino de la izquierda verás un arbusto muy grande y detrás encontrarás una puertecita con barrotes. Es la que usan los cuidadores para entrar a darnos la comida. Allí te espero.

Fernando no se sentía capaz de llevarle la contraria al oso. Fue a buscar la puertecita y, efectivamente, allí estaba el animal esperándole.

—Pásame el polo, por favor, que se me hace la boca agua —dijo el oso polar mientras miraba a todas partes como vigilando por si venían sus compañeros.

A Fernando le daba mucho miedo acercar la mano a la boca del oso, pero





le daba más miedo aún que se enfadara. Temblando ligeramente, le puso lo que quedaba de polo entre los dientes y el oso se lo zampó en un santiamén. Después abrió y cerró los ojos mientras se relamía de gusto. Lo hizo tantas veces que Fernando pensó qué ocurriría si en lugar de un trocito le diese un polo entero.

El oso le miró y, como si hubiera sido capaz de leerle el pensamiento, dijo:

—¿Me traes un polo de naranja?

Fernando metió la mano en el bolsillo del pantalón y empezó a contar las monedas que llevaba. De repente, se quedó parado y pensó en lo que estaba haciendo: buscar dinero para comprar un polo de naranja, que le había pedido un oso



polar que hablaba y que, justo en ese momento, alargaba el cuello para ver las monedas que Fernando tenía en la palma de la mano.

—Pues, la verdad, no sé si tendré bastante —mintió Fernando poniéndose colorado como un tomate.

—Yo creo que sí, incluso puedes comprar también uno para ti —le contestó el oso.

Era verdad y el animal le había pillado. Por lo que no le quedó más remedio que acercarse al puesto de helados y comprarlos.

Cuando se dirigía a la puertecita del oso otra vez, vio que uno de los cuidadores entraba en el recinto con un cubo en la mano y se disponía a darles la comida.



Entonces volvió atrás y se puso a mirar a los animales como cualquier visitante. Incluso pensó que a lo mejor se había quedado dormido y todo había sido un sueño, como pasa siempre en los cuentos cuando suceden cosas raras. Pero el oso polar hablador lo miró fijamente y luego le guiñó un ojo, mientras con la pata hacía un gesto que parecía querer decirle que esperase un poco.

La tarde avanzaba y cada vez quedaban menos visitantes en el zoo. Fernando estaba esperando a que el cuidador saliera del recinto de los osos, y empezaba a pensar si no sería mejor buscar a sus compañeros o esperar a que le buscaran, volver a casa y olvidarse de todo aquello. Pero no pudo concentrarse mu-



cho en sus pensamientos, porque en ese momento el hombre se fue y el oso se aproximó a Fernando.

—¡Acércate, que voy a decirte un secreto!

Fernando no podía resistir la curiosidad: ¿cómo sería un secreto contado por un oso? ¿Le diría que, en realidad, era una persona disfrazada de oso y que aquello había sido una broma de esas que luego salen en los programas de televisión de cámara oculta? Solo de pensarlo se le ponían los pelos de punta.

Tomando todas las precauciones posibles para que nadie le viera, se aproximó cuanto pudo hasta donde estaba el oso, inclinó la cabeza y esperó a que le revelara su secreto. Pero lo que oyó fue:



—¡Dame mi polo de naranja, por favor!

Fernando miró sorprendido al oso... y obedeció: le pasó el polo por los barrotes y se lo metió en la boca. Esta vez no le temblaba la mano, y eso que el animal se lo comió entero de un solo bocado dejando limpio el palito. Después cerró los ojos, se relamió un buen rato haciendo todo tipo de ruidos y, de repente, abrió los ojos, sonrió y dijo:

—Este es el secreto: le he robado las llaves al cuidador. Quiero que me saques de aquí y me lleves contigo. Necesito volver a mi casa.

A Fernando le pareció que para ser una broma era demasiado pesada. De todas formas, miró alrededor por si con-



seguía descubrir alguna cámara; pero allí no había nada más que arbustos.

«No sé si prefiero que sea una broma o que sea real», pensó Fernando, «porque llevarme un oso polar del zoo debe de estar prohibidísimo; además me puede morder, y cómo lo escondo con lo grande que es. Y si consigo salir de aquí con él, ¿por dónde se va al Polo?».

El oso polar se había quedado mirándole muy fijamente mientras levantaba y bajaba una pata con impaciencia: «¡tap, tap, tap!»», sonaba.

Fernando lo miraba de reojo y se daba cuenta de que el oso esperaba una respuesta.

—Es que lo que me pides es muy difícil. Si te saco de aquí, todos se darán



cuenta. Te vas a morir de calor y tampoco sé cómo se va hasta el Polo —dijo Fernando poniéndose muy colorado y bajando la cabeza.

Entonces el oso se echó en el suelo, se pasó una pata por la cara y empezó a gemir. Después se puso bocabajo y su cuerpo empezó a moverse como si llorara; se volvió otra vez y, levantando un poco la pata que tenía tapándole los ojos, le miró de refilón. Fernando no sabía muy bien si el oso lloraba de verdad o estaba fingiendo (el problema es que, como nunca había visto llorar a un oso polar, no sabía distinguirlo), pero lo cierto era que resultaba muy triste verlo girando y girando, tirado por el suelo y dando manotazos al aire. Incluso los demás osos lo







miraban y se miraban entre ellos como preguntándose qué estaba pasando.

Fernando no sabía qué hacer. El oso parecía tan desesperado que... ¿y si se lanzaba contra él?

Al fin y al cabo era un animal salvaje. ¿Qué podía hacer? ¿Se lo llevaba? ¿Se iba corriendo? ¿Pero dónde iba a ir si todos habían desaparecido?

—Por favor, por favor —suplicaba el oso de rodillas agarrado a los barrotes—, llévame al Polo. Necesito salir de aquí. Me aburro. Los otros osos me tienen manía y yo lo que quiero es solamente que me lleves al Polo. Si es muy fácil.

—¡Fácil, fácil..., cómo va a ser fácil si ni siquiera sé cómo se va a casa de mi abuela y solo se tarda media hora en autobús!



—Pero los osos polares somos muy listos y tenemos unos poderes especiales que nos permiten llegar a cualquier sitio sin perdersnos.

—¿Poderes especiales? —se extrañó Fernando.

Había visto documentales de aves y de salmones que sabían volver a los sitios donde habían nacido, pero nunca que los osos polares tuvieran algún poder especial.

El caso es que, con tanto movimiento y tanto gemido, los otros osos empezaron a darse cuenta de que pasaba algo raro y no dejaban de mirarlos. Se estaban acercando.

—¡Venga, decídete, por favor! Tú eres un niño muy bueno y muy listo, no querrás que este pobre oso polar se muera



de pena en la jaula de este triste zoo sin volver a ver a sus hermanos ni a sus amigos, lejos de todos y olvidado.

A Fernando le parecía que el oso resultaba un poco exagerado, casi como si estuviera haciendo teatro; pero realmente él era muy bueno, sobre todo con los animales.

Agachó un poco la cabeza y, temiendo por lo que se le venía encima, dijo:

—Bueeeeeeno. Está bien.

Al oso de repente se le secaron las lágrimas, se le pasó toda la pena y, más contento que unas castañuelas, le dio a Fernando las llaves de la puertecita. Señalando la cerradura con la pata, le dijo:

—¡Estupendo! ¡Abre la puerta, que estoy deseando salir de aquí!



Y Fernando, sin pararse a pensar en lo que hacía o en si lo estaba mirando alguien, sin acordarse de sus compañeros, ni de sus profesores, ni de lo que dirían sus padres cuando se enteraran, ni en lo raro que sería ir por la calle con un oso polar, dio dos vueltas a la llave, abrió la puertecita y dejó que aquel oso terriblemente sonriente saliera por fin de su jaula para emprender una auténtica aventura.